



CAPÍTULO XI

EL ESPÍRITU SANTO

I

ANTES de escribir acerca del Espíritu Santo, ponemos en Él nuestras miradas y le decimos: oh Señor, iluminadnos con vuestra luz divina é inflamad nuestro corazón en vuestro amor, á fin de bendeciros y alabáros dignamente.

La tercera persona de la Divina Trinidad se llama Espíritu Santo, Amor, Don. He aquí lo que el Angel de las Escuelas nos dice sobre el particular (1): En la divina Trinidad hay dos procesiones; mas la que se verifica por modo de amor no tiene nombre propio; así es, que aun las relaciones basadas en este modo de procesión, tampoco lo tienen; por esto la Persona que así procede no tiene nombre propio.

(1) P. q., XXXVI, I.

Mas así como ha consagrado el uso ciertos nombres para significar aquellas relaciones... igualmente el uso de la Santa Escritura ha apropiado este nombre, Espíritu Santo, á la designación de la Persona divina que procede por modo de amor.

La significación propia del nombre espíritu en los seres corpóreos parece denotar cierto impulso y moción, pues al soplo y al viento llamamos espíritu. Ahora bien; es propio del amor mover é impulsar la voluntad del que ama hacia el objeto amado, y la santidad se atribuye á las cosas que se ordenan á Dios; es, pues, razonable dar el nombre de Espíritu Santo á la Persona divina que procede por modo de amor, por el cual Dios se ama á Sí mismo.

El nombre de Espíritu Santo conviene á la tercera Persona de la Santísima Trinidad en cuanto es espirado, y espirado por la voluntad divina, de donde proviene toda santidad; pues tanto por la Escritura como por los Padres de la Iglesia, se le da ese nombre por oposición á las personas del Padre y del Hijo.

El nombre de amor en su acepción personal, es propio del Espíritu Santo; porque es el término personal y subsistente del mutuo amor del Padre y del Hijo, y siendo término de la acción de la voluntad, convenientemente le llamamos amor, puro y soberano impulso hacia el objeto amado (1). La palabra Don en sentido

(1) Gonet, híc.

personal respecto de la Divinidad, es nombre propio del Espíritu Santo. La razón de una dádiva gratuita es el amor, pues damos alguna cosa gratuitamente á una persona porque queremos el bien para ella, y, por lo mismo, lo primero que le damos es el amor por el cual le deseamos el bien. De donde resulta con toda claridad, que el amor tiene razón de primer don y por él se dispensan los demás bienes gratuitos. Así es que procediendo el Espíritu Santo como amor, procede en razón de primer don. Por esto dijo San Agustín: Por el don que es el Espíritu Santo, se distribuyen á los miembros de Cristo muchos dones propios.

Plácenos ahora detenernos unos instantes para gustar la suavidad y la dulzura que derraman en él alma al pensar en lo que ellos significan, los nombres de la tercera Persona de la Santísima Trinidad (1).

Espíritu Santo. Al oír un nombre tan sagrado, es preciso, si queremos comprender sus misterios, elevarnos sobre la carne y la sangre, más allá de este mundo visible, más allá de los ángeles santos que rodean el altísimo trono de Dios, y llegar hasta el Padre y el Hijo, de quienes procede aquel divino Espíritu, esa moción adorable, ese impulso sagrado. ¿Quién podrá decirnos cuánta es la pureza del impulso á que nos referimos, y las santas delicias de aquella moción imperturbable y eterna, siem-

(1) Novena pastoral del autor.

pre igual y perfecta? Llénase el alma de un inmenso gozo pensando en el Espíritu divino, que es la delicia del Padre y del Hijo; y el alma bendice á ese Espíritu divino y le ama y le adora con todo rendimiento, con todo su afecto, por ser Él quien es, Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo.

El Espíritu Santo es, asimismo, el amor nocional del Padre y del Hijo, quienes se aman, no solamente por su esencia, sino también por aquel Espíritu divino, y por Él somos amados del Padre y del Hijo. Cuando del verbo amar, dice el gran Santo Tomás, se hace un término nocional, no significa otra cosa que exhalar ó espirar amor, así como decir es proferir el verbo y florecer es producir flores. Y como se dice de un árbol que es floreciente por sus flores, igualmente se dice del Padre, que por su Verbo ó Hijo habla á Sí mismo y á las criaturas; y en el mismo sentido dicese también que el Padre y el Hijo se aman á sí mismos y á nosotros por el Espíritu Santo, ó sea por el amor que de Ellos procede (1).

El Espíritu Santo es el amor nocional del Padre y del Hijo; amor eterno, perfecto, sagrado y lleno de adorable y divina hermosura. Por él se aman el Padre y el Hijo... ¡Qué lazo tan estrecho, que vínculo tan santo, qué abrazo, en fin, tan lleno de delicias! Al pensar en esto, ardiendo el corazón en la llama del amor divino

(1) I. p. q., XXXVII, art. II.

derrámase en dulcísimos afectos y nuestros labios prorrumpen en las mismas alabanzas con que los ángeles, sin cesar, le bendicen en lo más elevado de los cielos: Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos; llenos están los cielos y la tierra de la majestad de vuestra gloria; y el amor, entonces, con toda su belleza, con todos sus encantos y sus divinos ardores, convierten nuestra alma en un paraíso de delicias, en mansión de paz dulcísima donde viene á morar con nosotros aquel Divino Espíritu á quien bendecimos y adoramos con todo nuestro afecto, porque eternamente procede del Padre y del Hijo.

El Padre y el Hijo nos aman por el Espíritu Santo; tenemos, pues, con este Espíritu divino una deuda infinita de amor; nuestro corazón le pertenece, y suyo es todo nuestro sér. Es infinita la dicha que tenemos en amarle, en trabajar por su gloria, en hacer cuanto podamos porque el mundo le conozca, le bendiga y adore, y si alguna pena sentimos en el alma que pueda menguar aquella dicha, tal pena es producida por la pequeñez y la miseria de nuestro cariño; pues bien quisiéramos amar con un corazón todo de fuego y con infinito y soberano amor al que es amor eterno del Padre y del Hijo.

El Padre y el Hijo nos dan á su divino Espíritu, y este Espíritu se nos da á Sí mismo porque es suyo propio, como quien puede usar, ó más bien gozar, de Sí propio, á la manera que

se dice que el hombre que vive se pertenece y es dueño de su persona (1).

Nuestra alma es de nuevo arrebatada por el Espíritu divino que la lleva en las alas de su amor. ¿Qué haremos, qué diremos para bendecir y amar á Dios Nuestro Señor por el precioso é inestimable don, de Espíritu divino, con que se ha dignado enriquecernos? Este mismo Espíritu ayude nuestra flaqueza y pida por nosotros, con gemidos inexplicables y llenos de un amor muy grande (2), y no tengamos ya corazón para otra cosa, sino para bendecir y amar á Nuestro Dios querido por el precioso don de su Espíritu divino.

El Espíritu Santo llámase también gozo y complacencia del Padre y del Hijo. Contempla el Padre á su Divino Verbo y tiene en Él todas sus delicias. ¡Cuánta es la belleza y perfección del Hijo de Dios! Resplandor de la luz eterna, espejo sin mancilla de la majestad de Dios é imagen de su bondad. Le dice estas palabras el Padre: Tú eres mi Hijo, Yo te he engendrado hoy, y su complacencia es infinita. El Hijo contempla á su divino Padre, de quien todo lo ha recibido, y le ama con infinito y soberano amor, y todas sus delicias las tiene en ese Padre, que es hermosura infinita, santidad perfecta: ¡qué gozo tan puro el del Padre y el Hijo! Vió Juan un río de agua viva, resplandeciente como el

(1) Q. XXXIII, art. I.

(2) Rom. VII, 26.

crystal, que manaba del trono de Dios y del Cordero (1). He ahí, dice San Ambrosio, al Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, al Espíritu divino que es inagotable y caudaloso río de amor y de dulzura; que recibe del Padre y del Hijo toda grandeza y sabiduría y hermosura y suavidad, y en fin, la esencia divina con todas sus riquezas (2).

Este gozo eterno del Padre y del Hijo á ninguno de los dos es extraño, pues de entrambos procede como de un principio y por una misma espiración. Es eterno, dulcísimo y profundo; no cambia jamás, ni puede llegar á disminuir; nunca desfallece su principio.

Dios en su bondad se digna darnos á su Espíritu divino, y al establecer en nosotros su reino, tenemos la justicia, la paz y el gozo en el Espíritu Santo: justicia que nos purifica; paz dulcísima que aleja de nosotros la perturbación, y gozo que inunda el alma en celestial delicia.

Sin duda, el tener con nosotros al que es el gozo del Padre y del Hijo, es una dicha inefable que excede nuestra comprensión y aventaja todo mérito.

El gozo de nuestra alma en el Espíritu Santo. Al pensar en él, su infinita grandeza y su bondad inmensa arrebatan nuestro corazón. Esa hermosura perfecta en quien desean mirarse los ángeles del cielo; ese Espíritu divino que

(1) Apoc. XXII, 1.

(2) I, III, *De Spir. Sanc.* c. 21.

procede del Padre y del Hijo como un impulso de amor purísimo y ardiente, nos llena de una dicha celestial. Él es el grande, el santo, amable y dignísimo de toda bendición y gloria, y nosotros bendecimos es infinita grandeza, su santidad adorable, su bondad dulcísima y sagrada. Que reine en nuestras almas desde ahora y para siempre.

No sólo llamamos al Espíritu Santo con los nombres de que hemos hablado, sino también decimos de Él que es óptimo, consolador, Paráclito. También le llamamos la benignidad de Dios, el ósculo santo del Padre y del Hijo, su abrazo indisoluble y eterno, la suavidad y dulzura de uno y de otro, el Espíritu que procede como amor de la bondad primera, el término de la voluntad del Padre y del Hijo, el peso dulcísimo del amor de entrambos; el Padre de los pobres, el dador de las gracias celestiales, la luz de los corazones; dulcísimo huesped, y suave refrigerio de nuestra alma, don del Altísimo Dios, inagotable y caudalosa fuente de vida, de luz y de amor; fuego de divina caridad y celestial unción. ¡Oh cuánta es la grandeza y la hermosura, la santidad y la misericordia, la bondad y la pureza, la dulzura y la clemencia del Espíritu Santo! Él es todo nuestro bien. Si caminamos por sendas oscuras, Él disipa las tinieblas que nos rodean, y si vacilamos, confirma nuestros pasos; si nos oprime la tristeza, Él nos consuela con la esperanza de la vida eterna, porque Él es la prenda de nuestra he-

rencia. Si somos pecadores se acerca á nosotros para darnos la justicia, la paz y aquel profundo é inexplicable gozo que sabe producir en nuestras almas.—Que Él sea todo nuestro amor, y nunca nuestros labios dejen de entonar las alabanzas de su amor divino. Bendita sea para siempre la gloria de su nombre.

II

El Espíritu Santo ha manifestado á los hombres su inmensa bondad en las grandes misericordias y favores con que se ha dignado enriquecerlos. Entre las obras externas de Dios (1) sobresale excelentemente el misterio del Verbo Encarnado, en el cual brilla de tal modo la luz de las divinas perfecciones que no puede ciertamente ni pensarse algo superior, ni nada imaginarse más saludable para la naturaleza humana. Esta obra tan grande, aunque fue de toda la Trinidad, se atribuye como propia al Espíritu Santo... y con razón, porque Él es el amor del Padre y del Hijo; y este sacramento de piedad ha sido hecho por la suma caridad de Dios hacia los hombres.

Mas no sólo fue hecha por obra del Espíritu Santo la Concepción de Cristo, sino también la santificación de su alma, que se llama unción,

(1) León XIII, Encíclica sobre el Espíritu Santo.

y por tanto toda su acción se verificaba presente el Espíritu Santo.

En el celeberrimo día de Pentecostés empezó á prodigar el Espíritu Santo sus beneficios al cuerpo místico de Jesucristo, mediante la admirable difusión que había visto el profeta Joel, porque el Espíritu Paráclito descansó sobre los Apóstoles para que fuesen puestas en sus cabezas nuevas coronas espirituales por las lenguas de fuego.

El Espíritu Santo imparte y comunica la verdad á la Iglesia, haciendo con su excelentísimo auxilio que no esté sujeta al error y que en la perpetuidad de los tiempos siga manteniendo más copiosamente las semillas de la divina doctrina, y recibiendo por esto del mismo Espíritu vida y virtud perennes que la conserven y aumenten.

El Espíritu Santo nos hace conversar familiarmente con Dios, nos revela los divinos secretos y nos enriquece con dones celestiales. Por su medio se derrama la caridad en nuestros corazones. Él procede por modo de amor, por el cual Dios se ama á Sí mismo (1), y al asemejarnos á este amor amamos á Dios. Ahora bien: lo que de Dios recibimos se refiere á Él como á su causa eficiente y ejemplar: lo primero, porque su virtud obra en nosotros; lo segundo, en cuanto que lo que existe en nosotros por Dios le imita en alguna manera. En el Padre,

(1) *Summ. contr. gent.*, lbr. IV, cap. 29.

el Hijo y el Espíritu Santo hay la misma esencia; por eso, lo que hace en nosotros el Señor, viene igualmente de las tres divinas personas como de causa eficiente; sin embargo, la palabra de la Sabiduría, por la que conocemos á Dios, es representativa del Hijo; y el amor por el que á Dios amamos, es representativo del Espíritu Santo, á quien por especial razón se atribuye la caridad.

Por la operación de Dios en nosotros comienzan y subsisten los efectos divinos; mas nadie puede obrar donde no existe. Por esto, donde hay algún efecto de Dios, allí está Dios, y de aquí que, existiendo en nosotros la caridad por el Espíritu Santo, Él está en nosotros mientras permanecemos en la caridad. ¿Ignoráis que sois templo de Dios, decía San Pablo, y que el Espíritu Santo habita en nosotros? (1). El Espíritu Santo nos hace amantes de Dios; mas todo amante está en su amado, y por esto el Padre y el Hijo están en nosotros por el Espíritu Santo. Conocemos que Dios mora en nosotros por el Espíritu Santo que se nos ha dado, nos dice la Santa Escritura (2). Ahora bien: Dios ama en gran manera á los que por el Espíritu Santo han constituido sus amantes, porque no se da tan regalado y excelente don sino por el amor. Yo amo á los que me aman (3). En esto consiste su

(1) I. Cor. III, 16.
(2) I, Joann. III, 24.
(3) Prov. VIII, 17.

amor, que no es porque hayamos amado á Dios primero, sino que Él nos amó primero á nosotros (1).

¿Qué diremos de los preciosos dones y de los frutos con que el Espíritu Santo se digna enriquecernos? Esos dones son ciertos hábitos que nos perfeccionan para obedecer con prontitud al Espíritu Santo (2). Con ellos, el mismo Espíritu divino fabrica para su gloria un hermoso y brillante santuario donde viene á morar con nosotros (3).—El nombre de Frutos nos indica las buenas obras que hacemos bajo la inspiración del Espíritu Santo (4). San Buenaventura los llama afectuosas delicias con que gustamos las dulzuras del Divino Esposo (5).

Los dones del Espíritu Santo nos enriquecen de virtudes: el temor nos hace humildes; compasivos la piedad; la ciencia discretos; la fortaleza libres y esforzados para no sujetarnos al pecado; el consejo prudentes; el entendimiento previsores, y la sabiduría nos da circunspección y gravedad en nuestras acciones. El temor sujeta nuestras almas al Espíritu Santo y las hace dóciles á su divina inspiración. La piedad nos da la prontitud y la facilidad para cumplir lo que Él nos inspira, y nos llena de filial cariño para con Dios como el dulce Padre

(1) I, Joann. IV, 19.
(2) I, 2. q. 68, art. II.
(3) Bonav. *De Spir. Sanct.*, c. V.
(4) Q. 70, art. I.
(5) Centil. P. III, sec. 46.

á quien amamos, y nos inclina con benignidad y con amor hacia nuestros prójimos. La ciencia ilumina nuestras almas para juzgar con rectitud en materias de fe, y nos hace distinguir lo verdadero de lo falso, el bien del mal. La fortaleza nos da valor para emprender y llevar adelante grandes obras por la causa del Señor, sin temer los peligros y arrojando las dificultades que se nos presenten; nos eleva sobre nosotros mismos; nos hace vencer las pasiones; nos inflama en el fuego del amor de Dios; nos llena de confianza y de paciencia, y hace que perseveremos en el bien obrar. Por el don de consejo, el Espíritu Santo nos dirige por el camino de la vida eterna. El don de entendimiento hácenos conocer y penetrar los divinos arcanos con particular excelencia que se digna comunicarnos el Espíritu divino, que escudriña las profundidades de Dios.—Este mismo Espíritu, por el don de sabiduría, alumbrá nuestras almas con la luz del cielo para conocer á Dios y amarle, gustando santamente de su infinita dulzura. La divina Sabiduría, no sólo nos enseña á contemplar las cosas celestiales, si que también ordena y dirige los actos humanos de una manera más excelente que la sabiduría que es virtud intelectual, pues la primera recibe su luz de una fuente más elevada, y nos hace contemplar la verdad, que pone en paz á todo el hombre y lleva en sí la semejanza de Dios; es más preciosa que todas las riquezas, y no pueden compararse con ella las cosas de ma-

yor estimación; la segunda no es de un precipitacion subido.

Dulcísimos, en verdad, son para nuestra alma los frutos del Espíritu Santo, en los que ahora nos vamos á ocupar, y sus delicias son ciertamente celestiales.

Nuestra alma, su perfección y su verdadera dicha: tales son los puntos adonde se encaminan los frutos de que hablamos. La caridad se nos presenta en primer lugar; en ella se nos da especialmente el Espíritu Santo como en propia semejanza, por ser el mismo amor. Ella es como un árbol frondoso cargado con los ópimos frutos de la piedad y vestido con las flores de la pureza, nos dice el Seráfico Doctor; y también se nos presenta cual hermosa y cristalina fuente, cuyas límpidas aguas nunca se llegan á agotar.—El gozo espiritual inunda el alma en torrentes de dulzura, y trae consigo la pureza y el descanso, la libertad de hijos de Dios y nuestra unión con el Bien Sumo.—La paz de Dios, que sobrepuja á todo entendimiento, produce en nosotros la serenidad del espíritu, la tranquilidad del alma, la sencillez del corazón, el vínculo del amor y la unión de caridad.—La paciencia, fruto precioso del Espíritu Santo, es prudentísima, noble y generosa; ¿quién como ella nos dirige tan sabia y rectamente en el camino de la vida, dice el Serafín de los Doctores, ó es tan diestra en los combates que tenemos que sufrir, ó tan noble y moderada en medio de sus triunfos?—La benignidad nos inclina

á ser indulgentes y afables, y es para nosotros mismos fuente de suavidad y de consuelo.—La bondad noble y generosa hace cuanto puede por socorrer á los necesitados, y al hacer el bien siente una satisfacción incomparable.—La longanimidad ejercita nuestra paciencia, aviva nuestra fe é inclina hacia nosotros la bondad divina.—La mansedumbre trae consigo la dulzura de la paz, la sociedad con el prójimo, la gracia y familiaridad con Dios y el reino de los cielos. Dios escucha con agrado la voz de la amable mansedumbre, y acepta la oración de los humildes y mansos de corazón.—La fe, hermoso fruto del Espíritu, es, nos dice San Buenaventura, como la estrella que brilla en el cielo y nos dirige al puerto de la gracia, que resplandece en la mañana y precede al sol de justicia; estrella del Oriente que nos conduce al Señor; piedra fundamental del edificio de todas las virtudes; espejo sin mancha que nos representa la majestad del Señor, y columna luminosa que nos conduce al camino de la vida (1). La modestia nos revela sus gracias interiores en la pureza de sus palabras, en el recato de sus ojos y en todo su exterior pudoroso y recogido. Derrama en todas partes el buen olor de Jesucristo. Trae la paz, modera todas las pasiones y ahoga todo movimiento inconveniente.—La continencia nos amonesta diciendo que nuestros cuerpos son miembros de Cristo

(1) *De fruc.*, c. 5.

y templos del divino Espíritu, que habita en nosotros y que hemos recibido de Dios; que ya no somos nuestros y que debemos glorificar á Dios y llevarle siempre en nuestro cuerpo.—La castidad, que es el último fruto del Espíritu Santo de que nos habla San Pablo, es la cándida azucena que trasciende celestial pureza... Nos hace semejantes á los ángeles y muy agradables á Dios.

Después de esto pensamos un momento en el Espíritu Santo, y nuestro corazón le bendice y le adora por ser quien es, grandeza infinita y santidad perfecta; porque todo en Él es gracia y hermosura, clemencia y bondad; porque es el amor nocional que procede del Padre y del Hijo. Nuestro corazón le reconoce por Dios de excelsa y soberana majestad, y le ofrece todos sus afectos y le adora con el más humilde rendimiento. Que Él sea bendito y adorado por todos los siglos, y que eternamente reine con el Padre y el Hijo, de quienes procede, como el amor de la bondad primera. Bendita sea para siempre su divina gloria.

